

La defensa del español y la enseñanza del inglés¹

Luis Fernando Lara
Colegio de México

Nunca, que yo recuerde, una campaña lingüística había despertado tantos comentarios y debates como la iniciada hace algunos meses por la Comisión para la Defensa del Idioma Español, organismo estatal creado hace poco más de un año. Como una parte principalísima de la campaña publicitaria - ya que no del trabajo llevado a cabo por la Comisión, cuyo campo de actividad va más allá de este tema - ha consistido en el combate al anglicismo, me propongo exponer ante ustedes algunas reflexiones y puntos de vista referentes al asunto, aparentemente contradictorio, de la defensa del español y la enseñanza del inglés. Mi objetivo al hacerlo tiene dos aspectos: uno crítico y otro mediatamente metodológico.

El modo en que se concibe una lengua es resultado de una educación de raíz histórica. Basta con que una sociedad reflexione sobre sus actos de comunicación y pondere las intenciones que los determinan para que comience a producirse una comprensión particular de su lengua y una normatividad específica que la guíe, la fije y la conserve. Leonard Bloomfield, el famoso iniciador de la lingüística descriptiva norteamericana, resaltaba tal hecho con bastante asombro en relación con varios grupos indígenas de Norteamérica sin tradición escrita. No se diga, entonces, si no habría de pasar lo mismo con lenguas como el español, cuya tradición y cuya cultura han gozado de todo el instrumental de la civilización que les permite guardar memoria de sí mismas y comunicarse y difundirse en amplias regiones de la Tierra. La idea que se forma un pueblo de su propia lengua se elabora en su fundamento social y de inmediato

¹ Nota de la redacción: la versión preliminar de este artículo fue presentada en sesión plenaria del Noveno Congreso Nacional de MEXTESOL en Acapulco (1982); así como en la sesión inaugural del Congreso Anual del "Mexico City Chapter" de MEXTESOL (marzo, 1982).

se distancia de la espontaneidad práctica junto con la reflexión y la intervención de valores comunitarios que la articulan al resto de su cultura. Pero como precisamente la reflexión es un extrañamiento de la vivencia o una reducción formal de la experiencia compleja, esa idea de la lengua se separa del aquí y el ahora para convertirse en una interpretación de lo que es el idioma, a la que se añaden valores de los que tejen la trama de una identidad social. La lengua queda entonces, desde temprano, articulada en un sentido de la comunidad, en una manera de comprender su posición en el mundo.

Además, siendo la lengua un objeto social por excelencia y dadas sus características formales, que la vuelven un objeto fácilmente perceptible a la conciencia, no es de extrañar que se convierta en símbolo privilegiado de una identidad comunitaria y por ello en estandarte definitorio de un pueblo o de una cultura. Son esas las bases de la llamada "lealtad lingüística" bautizada por Uriel Weinreich.

Siempre ha habido muchos ejemplos de lo anterior en todas partes del mundo. Hoy en día basta pensar en los chicanos, en los vascos, en los catalanes; en los quebequenses, en los flamencos de Bélgica; en los irlandeses y muchos más en Asia y en Africa, que toman su propia lengua como bandera de sus reivindicaciones étnicas o nacionales.

La inserción del pensamiento acerca de la propia lengua en el tejido de los valores sociales de una comunidad la somete a los movimientos que sufren esos valores. De ahí que necesariamente pase a formar parte de una ideología. Las ideologías, como bien sabemos, son guías para la interpretación de la experiencia histórica, por lo que la lengua no solamente es el vehículo por excelencia para comunicar las interpretaciones, sino además objeto ella misma de interpretación.

Todo esto viene a cuento porque hace falta tener clara conciencia de ello para determinar los carriles por donde corre la idea de la lengua y las limitaciones que nos impone, como miembros de una sociedad, la ideología en la que nos educamos y respecto de la cual justificamos nuestros actos sociales o manifestamos nuestra crítica.

En relación con la lengua española - como también con otras lenguas de Europa occidental - el valor de un estado clásico de la lengua forma parte de una ideología bastante extendida. Bajo la guía de los tópicos grecolatinos del clasicismo y la edad de oro, con la ayuda de la filosofía de la historia como se manifiesta, por ejemplo, en Vico, y desde la interpretación vulgarizada del evolucionismo darwiniano, se concibe una perfección y una corrupción del español, del francés o del inglés tales, que se constituyen en conceptos básicos para juzgar los estados en que se encuentran esas lenguas y tomar decisiones para intervenir en ellos. El purismo lingüístico viene a ser una cristalización ideológica vieja ya de tres siglos con la que muchos hablantes examinan su lengua y enjuician su situación.

Al purismo pertenece, en su origen, la idea de la defensa de una lengua. Para esta manera de entender la historia de un idioma, elaborada en España, en Francia o en Alemania, transcurrida y agotada la edad de oro - nuestros clásicos como Cervantes, Calderón de la Barca o Juan Ruíz de Alarcón - no queda sino esperar y comprobar, al paso del tiempo, que la lengua se corrompe o se empobrece y, por lo tanto, emprender una lucha o una cruzada por detener ese proceso evolutivo haciendo que los hablantes vuelvan los ojos a la lengua clásica y aprendan a repetir los modelos que les ha heredado. El purismo lingüístico es por eso una ideología conservadora.

Pero la realidad de una lengua no sigue el derrotero que supone esa ideología. Ante todo, porque no es un organismo separado de los hablantes, sino que existe porque existen ellos, porque hay un pueblo real que habla la lengua y la pone en existencia. Después, porque la evolución de un idioma - que la hay - no es la de los seres de la naturaleza sino la de las sociedades y solamente en el mito, es decir, en la irrealidad total, hay o hubo una edad de oro. En la historia comprobamos estados sociales, movimientos, revoluciones, democracias, tiranías. Resultaría imposible creer que los llamados siglos de oro de la literatura española hayan sido también edades de oro de la sociedad hispanohablante. Todo lo contrario, basta leer esa misma literatura para saber los estados de pobreza, de miseria física y espiritual, de injusticia, de explotación en los que vivía no el rey, ni algunos señores de su corte, sino la gente común: los hablantes de español, ¿Cuántos tenían derechos civiles? o más

bien, ¿era concebible la existencia de tales derechos? ¿Cuántos leían a los clásicos? ¿Cuánto se usaba la lengua para el conocimiento científico? o más bien ¿el conocimiento científico era un valor reconocido socialmente? Si los siglos de oro no lo fueron para la sociedad, no hay lugar a proponernos esa edad como paradigma y paraíso para siempre perdido. La sociedad cambia y cambia su lengua; los valores y los intereses que tenemos hoy en día no son los de los siglos XVI y XVII. Hoy, con el derecho a la educación, a la libre expresión, al libre tráfico de bienes y de ideas; con el principio igualitario de la democracia; con el reconocimiento de la importancia de otros pueblos, otras lenguas y otras culturas, no es posible someter a la sociedad a un ideal pasado y a un estado social en buena hora agotado. El purismo lingüístico es una ideología reaccionaria.

Solamente bajo ese punto de vista se puede hablar de corrupción y empobrecimiento de "la" lengua. Sólo cuando se establece una idea fija y eterna de la lengua es cuando su movimiento, su verdadera evolución, que es del orden social, se puede concebir como deformación o corrupción.

Afirmo, como muchos de los que hemos colaborado en distintos aspectos con la Comisión para la Defensa del Idioma Español, que no es esa la idea de defensa que, a nuestra vez, nos interesa defender.

Por lo contrario, lo que se puede observar en la existencia actual de la lengua española es una constante ebullición en donde la creación de nuevas formas de hablar y el mantenimiento de viejas y hasta castizas maneras del idioma conviven, como muestras vivas de una población que supera a los 300 millones de hispanohablantes. Se habla diferente de como se hablaba en la antigüedad; se escriben novelas diferentes de las de Cervantes; se usa la lengua para muchos discursos acerca de la enorme y compleja división contemporánea del trabajo. La sociedad no es unitaria ni actúa de acuerdo en una sola dirección, sino que manifiesta tendencias y objetivos discrepantes entre sí. Mientras que los campesinos en México conservan su español más cercano al antiguo y hacen uso de un acervo de palabras que no niega su origen, los habitantes de las ciudades modernizan su habla y adoptan formas de hablar que les permitan situarse en la

urbe: esmog, contaminación, polución, urbanización, megalópolis son palabras nuevas para objetos nuevos. Mientras que los trabajadores manifiestan sus necesidades más apremiantes y se refieren a sus oficios con la lengua que heredaron de sus padres campesinos y con el pequeño aumento que les haya dejado unos cuantos años de escuela, y así sobreviven las viejísimas formas populares del haiga, el naiden, el duérmamos junto a proletario, capitalismo, inflación e impuesto al valor agregado, los miembros de los grupos sociales más educados, de mayores ingresos, profesionistas y patrones, parecen volver sus ojos hacia afuera, hacia el ideal social del capitalismo moderno y abjurán de su tradición por cash en vez de al contado, mall en vez de galería, parque memorial en vez de campo-santo, panteón o cementario; drinks en vez de bebidas y multitud de pseudo-extranjerismos como el D' Disco, el D' Piethro o el Fruelein Delikatensen. Ninguno de los que estamos aquí permanece neutral frente a todo esto; cada quien toma posición de acuerdo con sus valores y su idea de lo que es la lengua.

La cuestión social, particularmente de quienes trabajamos en el campo lingüístico, es, entonces, ofrecer nuevos puntos de vista acerca de la lengua que permitan comprender su realidad actual y que se nutran del conocimiento objetivo pero también contemplen tomas de posición ideológicas.

Posiblemente valgan como valores referidos a la lengua los que promueven la eficacia, la claridad y la precisión de las expresiones. Valores tan globales no sesgan la actividad lingüística en una sola dirección, sino que permiten una amplia libertad de usos de acuerdo con cada tipo de hablante y con cada situación de comunicación. Indudablemente que el lenguaje de la onda es eficaz, pues actúa como medio de identificación de los jóvenes entre sí y cumple su papel solidario, tal como sucede generalmente con las jergas gremiales: el caló de los rateros, las expresiones de los abogados, el habla de los mecánicos, etc. Lo mismo vale decir del habla campesina o de los habitantes de la ciudad: comunican y unen hablantes en valores comunes y en objetivos semejantes.

La claridad de una expresión depende de la clase de discurso en que se la utilice. Un discurso metafórico no es claro en una descripción científica; una novela alemana traducida al dialecto de los

hablantes de Madrid no es clara para el resto de los hispanohablantes si se pretende venderla en todo el mundo hispánico. Es por eso necesario tener conciencia de que los valores lingüísticos no pueden restringirse a cierto tipo de dialectos o a cierto tipo de niveles de lengua.

Valores referidos a las lenguas en el contexto plural del mundo de hoy implican comenzar por el reconocimiento de la validez de todas las lenguas del mundo. El plurilingüismo es cada día más una necesidad. Un europeo moderno necesita desenvolverse por lo menos en inglés, francés y alemán. Para un mexicano es casi imprescindible conocer el inglés y ya no es raro el que también habla francés y alguna otra lengua europea. Proponer una comunidad lingüística aislada en su lengua es un error hoy en día. Más bien hay que proponer el conocimiento de muchas lenguas como medio de mejorar la educación, la civilización y la cultura.

La lengua inglesa tiene otros valores en México además del de ser una importante lengua del mundo. Por su pertenencia a la civilización más poderosa del presente y por el hecho de que esa civilización es la que determina en buena parte la capacidad de México para sobrevivir, el inglés no solamente vehicula influencias benéficas, como el federalismo o la libertad de prensa, sino modelos sociales en diferentes órdenes.

Para los grupos sociales de mayores ingresos y con mayor escolaridad en México, una investigación reciente del Centro de estudios de la Frontera Norte de México demuestra que salpicar con anglicismos su habla es motivo de prestigio. Son los que compran en mall, pagan cash, toman drinks en las parties, visten jeans y hasta hace poco viajaban a McAllen, San Antonio, San Diego o Houston a comprar Corn Flakes, Benson & Hedges y hornos de microondas. Son los grupos a los que se dirigen los anunciantes de la avenida Insurgentes en México; los que "hacen la prueba del añejo" y quizá tengan "el placer de ser". Muchos productos mexicanos, particularmente textiles, buscan a esos compradores anunciando ropa marca Beibi, Lady X, Roberts, etc.

Para los técnicos y los científicos, el inglés ha dejado de ser una simple necesidad para convertirse en la única lengua con la que se puede hablar de ciencia y así publican sus revistas, de nombre

en español, con artículos en inglés.

Más allá de estos grupos, hay una ideología en operación, que asigna al capitalismo norteamericano el ideal social, tecnológico y de consumo. De acuerdo con ese ideal, se intenta cambiar patrones de consumo, producir núcleos sociales alimentados de chatarra envuelta en pollo, hamburguesas, panes y refrescos; se intenta romper la estructura de la familia mexicana y sustituirla por la familia atomizada y neurotizada que nos presentan películas como Neurosis de mujer, de Cassavettes. No se diga la realidad de que el ideal de mujer se ha convertido en la mujer rubia, de voz aterciopelada, a la vez desinhibida y sometida. El ideal de hombre, curiosamente, parece pasar por un reforzamiento del machismo mediante una profusión de símbolos de poder, de fuerza y de capacidad fálica.

Estas realidades van más allá de la lengua; tocan al dominio de lo sociopolítico y de la psicología y la moral sociales. La lengua inglesa es solamente el vehículo y, como decía al principio, por la facilidad con que se configura una lengua como símbolo, se vuelve objeto ideológico de expresión.

Creo que la campaña contra el anglicismo se explica desde ese otro trasfondo; más que prurito purista contra unos cuantos anglicismos que comparados con el acervo total de la lengua son mínimos, lo que significa es una oposición en contra de lo que social, psicológica y políticamente, se considera contrario a los intereses y la identidad nacional.

Pero naturalmente todo nacionalismo conlleva el peligro de convertirse en xenofobia. Es muy sencillo pasar de la crítica a los males de la sociedad de consumo norteamericana - que también padece el pueblo norteamericano - al rechazo total de lo norteamericano. Ya he escuchado o leído propuestas de que se prohíba el jazz y el rock, de que no se lean obras de autores mexicanos influidos por la literatura norteamericana, o de que se sustituya la enseñanza del inglés por la del náhuatl, el maya y otras lenguas autóctonas. Lo que resulta imprescindible es reconocer la situación, operar críticamente sobre sus elementos y matizar constantemente las opiniones y las actitudes. La función de un lingüista o, en su caso, de un maestro de idiomas, es aclarar el problema

a los estudiantes y no permitir que se presente como contradicción insalvable.

Diría que habría que pasar de la metodología de la enseñanza de una lengua a una consideración de lo que se aprende junto con ella, de lo que descubre uno acerca de su propia lengua cuando la contrasta con otra y de lo que vale la pena conocer como fuente de enriquecimiento cultural.

Varios sociolingüistas han mostrado que el aprendizaje de una lengua extranjera está determinado por la posición del alumno frente a su lengua materna y frente a la otra. Algunas investigaciones hechas en Canadá indican que el aprendizaje es conflictivo desde el punto de vista social y psicológico y deficiente desde el punto de vista de la habilidad adquirida cuando el estudiante asigna valores diferentes a ambas lenguas. Es decir, si se acerca a una de ellas con la idea de que la otra es mejor o vale más. Por lo contrario, cuando el aprendizaje se realiza sobre un pie de igualdad entre las lenguas y se aprende que ambas valen, las capacidades de los estudiantes aumentan.

Si la enseñanza del inglés ayuda por contraste a reconocer los valores culturales mexicanos y a percibir los valores de la cultura de habla inglesa, se puede producir una creadora combinación que enriquezca la cultura del estudiante. Digamos que si se eliminan las ideas metafísicas de una corrupción inherente a lo mexicano con la demostración de que la corrupción es un fenómeno que se produce en ciertas condiciones sociales - el ejemplo de Watergate está a la mano - el estudiante podrá deslindar entre vicios y virtudes de los habitantes de ambos países en un momento histórico concreto y abstenerse de juicios metafísicos apodícticos. Digamos también que si se destaca la violencia de la colonización del oeste norteamericano en sus componentes racistas, religiosos y económicos, el modelo del vaquero agresor podrá dejar de tener encanto publicitario. Si ante los horrores de las guerras de Vietnam y El Salvador se destaca el papel de la libertad de prensa en los Estados Unidos, se podrá poner en el lugar adecuado el modo como se ocultan en México ciertas masacres de indios.

Por último, si en el estudio del inglés se hace claro que su

gramática y su vocabulario tienen ciertas singularidades que las hacen aptas para cierto tipo de estructura, pero a la vez se reconocen las ricas singularidades del español, el anglicismo o bien desaparece o bien se justifica con mejores argumentos que los de un muy dudoso prestigio.

En conclusión: Defender el español significa recuperar para sus hablantes su plena capacidad de hablarlo, transmitirles valores lingüísticos que, lejos de inhibirlos con una caceraía de "deformaciones" y "corrupciones", les ayuda a usar su lengua de manera creadora y ajustada a sus necesidades. Parte de esta defensa debiera ser una buena y planeada enseñanza del inglés, que desarrollara un verdadero bilingüismo y produjera aprecio por dos culturas, y que, en cambio, no dé lugar a la imposición de modelos lingüísticos y sociales contrarios a un sentido de la identidad que la mayor parte de nosotros compartimos.